

Celebración de graduación de hispanos

Dr. Justo L. González



Celebración de graduación
Luther School of Theology at Chicago
Chicago, Illinois
20 de junio de 1991

Celebración de graduación de hispanos

En uno de los himnos más conocidos en muchas de nuestras iglesias, se encuentra la línea, "¡suave es el engaño"! Y es cierto. ¡Es tan fácil engañarse!

A veces nos engañan los sentidos. Se cuenta de alguien, aquí en Chicago, que subió a lo alto de la torre de Sears, miró para abajo, y vio un señor parado en la esquina. Bajó unos pocos pisos, volvió a mirar, y vio al mismo señor. Otros pisos más, y lo mismo. Y así hasta que llegó a la calle. Salió entonces corriendo del edificio, fue hasta la esquina, y abrazó al hombre, diciéndole, "¡Mi amigo! ¡Le he visto crecer desde que era así de chiquitito"!

Otras veces nos engañan los amigos, quienes con sus lisonjas nos hacen pensar que somos lo que en verdad no somos. ¡Dios perdone a José David por lo que dijo al presentarme! ¡Y Dios me perdone a mí por haberlo disfrutado tanto!

Pero sobre todo nos engañamos a nosotros mismos. Nos engaña la memoria, que nos hace pensar que las cosas fueron como en realidad no fueron. Ya lo dijo el poeta, "cómo a nuestro parecer, cualquiera tiempo pasado fue mejor".

Esto es lo que sucede en el texto del Evangelio de Juan que hemos escuchado. Jesús les anuncia a estos discípulos judíos que conocerán la verdad, y la verdad les hará libres. Pero ellos, en lugar

de regocijarse en esa libertad prometida, le contestan: "Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú, "seréis libres"?

"Jamás hemos sido esclavos de nadie". ¿De veras? Y, ¿qué me dicen de la esclavitud en Egipto, cuando tuvieron que hacer ladrillos para casas ajenas? ¿De veras? Y, ¿qué me dicen del exilio en Babilonia, cuando tuvieron que cantar los himnos de Jerusalén en tierra extraña? ¿De veras? Y, ¿qué me dicen de cuando fueron conquistados por los filisteos, y por los amorreos, y mucho después por los sirios, y últimamente por los romanos?

Parece que estos judíos han perdido la memoria, o al menos que solamente se acuerdan de lo que les agrada: "Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie". Tienen una memoria selectiva, que les permite recordar que son hijos de Abraham, y al mismo tiempo olvidar que son hijos de la esclavitud en Egipto y del exilio en Babilonia.

Pero lo trágico de esa memoria selectiva es que los lleva también a olvidar las más gloriosas intervenciones de Dios a su favor. Un pueblo que se olvida del Éxodo no puede ya cantar con el salmista:

*Alabad a Jehová, porque es bueno...
Al que hirió a Egipto en sus primogénitos
Al que sacó a Israel de en medio de ellos
Con mano fuerte, y brazo extendido,
Al que dividió el Mar Rojo en partes,
E hizo pasar a Israel en medio de él,
Y arrojó a Faraón y a su ejército en el Mar Rojo,
Al que pastoreó a su pueblo por el desierto,*

*Al que hirió a grandes reyes,
Y mató a reyes poderosos,
A Sehón rey amorreo,
Y a Og rey de Basán.*

[Sal. 136. 1,10-20]

Un pueblo que se olvida del exilio en Babilonia no puede ya cantar al Dios que abre calzada en la soledad, al Dios que hace que el desierto reverdezca, para que el pueblo retorne gozoso de su triste exilio.

La memoria puede engañar, sí. Pero ese engaño de la memoria no es fortuito. Es un engaño con agenda. Hace algunos años, estaba yo en la Conferencia General de la Iglesia Metodista. No recuerdo a ciencia cierta lo que se debatía. Sí recuerdo que yo estaba conversando con dos amigos, un chicano de Texas y un Cherokee de Oklahoma. En medio del debate, un señor pronunció un emocionante discurso patriótico, para llegar al fin a una estentórea conclusión: "Yo estoy orgulloso de que mi país, este país que tantos critican, nunca, nunca le ha quitado la tierra a nadie." Esto lo dijo en una ciudad construida sobre tierra robada a los Cherokees. Y, lo peor de todo, lo dijo con toda sinceridad.

¡Extraña memoria!, nos decimos. Extraña memoria que se olvida de toda la tierra quitada a los indios, y de la guerra con México, y de la destrucción del Reino de Hawaii... Pero no tan extraña, si nos damos cuenta de que se trata de una memoria con agenda. Porque, si ese buen señor y este buen país recordaran, de veras recordaran, cuánto de su riqueza se debe a lo que les han quitado a los nativos americanos, y después de ellos a tantos otros, sería necesario confesar la

injusticia que se encuentra en la raíz del presente orden, y comenzar a dar pasos para rectificarla. La recta memoria requiere justicia. Es por ello que dice la Ley de Dios: “No torcerás el derecho del extranjero ni del huérfano, ni tomarás en prenda la ropa de la viuda, sino que te acordarás que fuiste siervo en Egipto, y que de allí te rescató Jehová tu Dios”. (Dt. 24.17-18)

Cuando aquellos judíos le dicen a Jesús, "Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie", su extraña y olvidadiza memoria tiene también su agenda. Lo que les preocupaba no era lo que pasó en Egipto en tiempos de Moisés, ni en Babilonia en tiempos del exilio. Lo que les preocupaba era lo que estaba sucediendo en sus propios días. Palestina, la tierra prometida por Dios, había sido conquistada por Roma. La poca libertad de que gozaba era en extremo precaria. Los sentimientos nacionalistas bullían bajo la superficie, y las autoridades romanas lo sabían. Unos pocos años después de esta conversación de Jesús, los judíos se alzarían en armas, y en represalia contra ello el Templo sería destruido.

En tal situación, prometer libertad, o escuchar a quien la prometiera, era cosa peligrosa. Jesús no estaba hablando de una rebelión contra Roma. Pero, así y todo, el mero hecho de anunciar libertad implicaba que no la había. Escucharle, y aceptar lo que decía, podría traer problemas. Es por ello que estos judíos se olvidan de su propia historia, y hasta de su realidad presente, y dicen, “Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú, "seréis libres"?”

Lo trágico está en que sin admitir su propia esclavitud, su necesidad de libertad, no pueden conocer la verdad, ni pueden ser libres. Jesús les ofrece la Libertad radical que se basa en el conocimiento de la Verdad, en el conocimiento de Jesús mismo. Pero ellos, por no reconocer su propia verdad, su propia situación de servidumbre tanto externa como interna, tampoco pueden reconocer la Verdad, con letra mayúscula, ni recibir la Libertad, también con letra mayúscula, que Jesús les ofrece.

Los corintios a quienes Pablo escribió estaban en situación semejante. A causa de su propia importancia, o, mejor dicho, de su supuesta importancia, estaban divididos en varios partidos, de modo que unos decían "yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas". Pero lo cierto es que no eran tan importantes. Al igual que aquellos judíos del Evangelio de Juan, se engañaban a sí mismos. Tenían una memoria selectiva. Pero Pablo les recuerda quiénes "vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es."

A los judíos, Jesús les recuerda su servidumbre, para que puedan ser verdaderamente libres. A los corintios, Pablo les recuerda sus oscuros orígenes, para que puedan ser instrumento de Dios.

¿Y a nosotros? A nosotros también el Señor nos invita a ser libres. Pero sólo reconociendo la verdad de nuestras esclavitudes estaremos listos a recibir la gran Libertad que él nos ofrece. A nosotros también el Señor nos recuerda quiénes somos en esta sociedad. No somos muchos

ricos. No somos muchos sabios. No somos muchos de noble alcurnia. No somos muchos poderosos.

¡Ah, pero aquí están las buenas nuevas! ¡A nosotros, a lo débil del mundo, a lo del barrio, a lo despreciado, a lo discriminado, a nosotros escogió Dios, y a lo que no es, para avergonzar a lo fuerte, y a los que no somos, para deshacer lo que es!

Estamos aquí para celebrar el llamamiento, el ministerio, los estudios, la graduación, de unos de nuestro pueblo. Y es bueno que celebremos. Pero ¡cuidado, mis hermanos! ¡Cuidado, mis hermanas! No nos engañemos. Todos estos trapos, por muy lindos que sean; todos estos títulos, por muy impresionantes que parezcan; todas estas ceremonias, por muy inspiradoras que sean, no han de destruir ni de negar en nosotros la realidad de nuestro pueblo. Porque es en medio de este pueblo sujeto a servidumbre que Dios nos ha llamado, no a ocultar esa servidumbre, sino a anunciar: "Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres". Es a ese pueblo donde no somos muchos ricos, no muchos sabios, ni muchos nobles, ni muchos poderosos, en este pueblo al que ha escogido Dios para avergonzar a lo fuerte, en este pueblo para deshacer lo que es, en este pueblo para crear una nueva humanidad en la que, por el conocimiento de la Verdad, todos seamos verdaderamente Libres.